



fundación
Ramón y Katia Acín

Y en Casa Emilio se hizo la noche.



Seis meses después del fallecimiento de Emilio Lacambra Manzano, Emilio III de una familia entregada a una *casa de comidas* que se convirtió en parte del hogar de muchas personas gracias a un generoso menú en precio y en calidad, en la calidez sin fisuras de la familia y de su personal en las diferentes generaciones, y en una solidaridad demostrada en la ayuda que ofrecieron a personas en dificultades de supervivencia, *Casa Emilio* ha cerrado las puertas, hace poco más de una semana, tras más de ochenta y cuatro años ininterrumpidos.

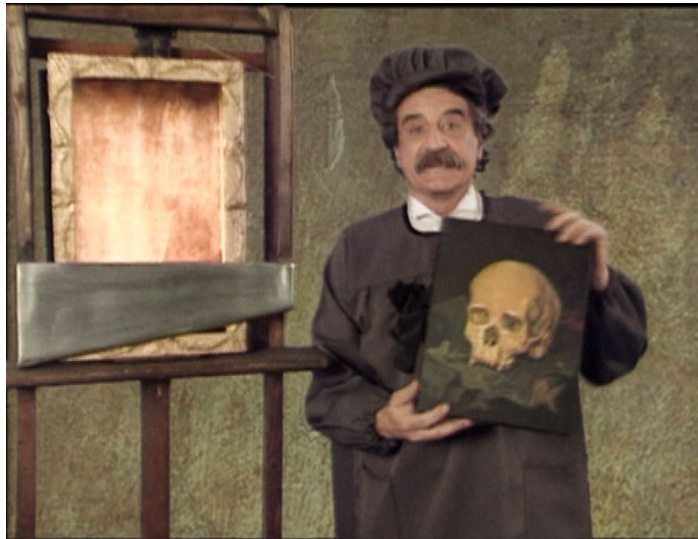
Ya no habrá fritada aragonesa, o el ternasco, o la merluza recién traída del mar Cantábrico. Pero, sobre todo, a muchas personas se nos ha caído una parte de nuestro hogar, casa de encuentro, de risas, de afectividad.

Gracias, familia Lacambra, por habernos ofrecido un mundo tan acogedor.

El último reducto

Eduardo González. Casa Emilio 70 años de Historia. 2009. Págs. d-g

Eduardo González Carriedo (Zaragoza, 1943) es actor y médico psiquiatra en la salud pública ya jubilado



Eduardo González, actor en la producción de *Goya. Pintar hasta perder la cabeza* de Emilio Casanova, 1995

¡Taxiiii... ! -¿Adónde les llevo? -A Casa Emilio. -¿En el Portillo? -Sí. -Pero, ¿no hace tiempo que está cerrado? -Pues, no, mire usted; nosotros vamos muy a menudo, y hasta hoy, ni mención de desaparecer. El bisoño taxista calla el resto del viaje, abrumado por la rotundidad y cierto tono de cabreo por mi parte.

Es sábado por la noche, y acudimos puntuales a la cita con los amigos, como cada semana, fijo, a las 10. José Mari, en la puerta, nervioso; como el atleta en período de calentamiento. No hay holas ni ceremonias rutinarias al uso. Saludo al estilo antiguo, rural, ¡epa...! y enseguida ... ¿sabes el último chiste?, y sin esperar respuesta, comienza; ¿en qué se parece un... etc. etc.? Debería haber precisado; el último peor chiste que se ha podido inventar.

Es como la bendición del Espíritu Santo antes de un acontecimiento. Y lo es. Cada noche se configura como un encuentro único, irreplicable; nunca sabes la sorpresa que te espera; ¿quién se sentará en la mesa de al lado? Un compañero de colegio aparece, tras 50 años de no haberlo visto, ni saber nada de él.

Emilio, metido en los fogones, al oír mi voz, sale, directo; ¿sabes quién está aquí? Fulano, ¿te acuerdas de él? ¡Hombre, ya lo creo, respondo; éramos los dos solistas de canto de nuestra generación. La historia se achica en un abrazo de reconocimiento; el hueco que dejan los cuerpos unidos aprisiona 10 lustros de historia. Toda una vida, comienza a desgranarse atropelladamente, en estilo telegráfico,

como si quisiéramos recuperar lo que de verdad importa; la renovación del afecto, y la empatía de nuestra infanciajuventud.

Después de la primera efusión, nos sentamos en mesas contiguas, cada uno con su caterva; lo que no impide continuar la conversación de mesa a mesa, y de manera espontánea para afianzar los recuerdos... ¿te acuerdas del *Simi labo eum*... ? Y sin más, me arrancó con voz potente..., y él -¿Te acuerdas?: más canciones. La cena transcurre con leves comunicaciones a distancia; a los postres, las confidencias; más canciones y despedida... los achaques..., ¡Oye, nos tenemos que ver! Abrazo que cierra el círculo. Despedida y cierre. Tras su marcha, comentarios con Emilio y los demás de la vida y milagros de tal fulano; otro a la lista de la memoria colectiva. Comentarios sutiles y cariñosos a la vez. ¡Este, menudo era! Suma y sigue.

70 años, tres generaciones entrelazadas con vocación de servicio, ligados a la red ferroviaria; en realidad, y metafóricamente. Si no, qué otra cosa es Casa Emilio; sino un cruce de vías, pasos a nivel, agujas que cambian direcciones y perspectivas, cercanías, o lejanías en continuidad discontinua, en la que los participantes y sus vidas, se encuentren seguros; seguros de pertenecer a una red que forma un universo identitario que te sostiene; y sostiene y mantiene las vidas humanas en relación permanente y continuada, o esporádica, con la misma intensidad que cuando se inició.



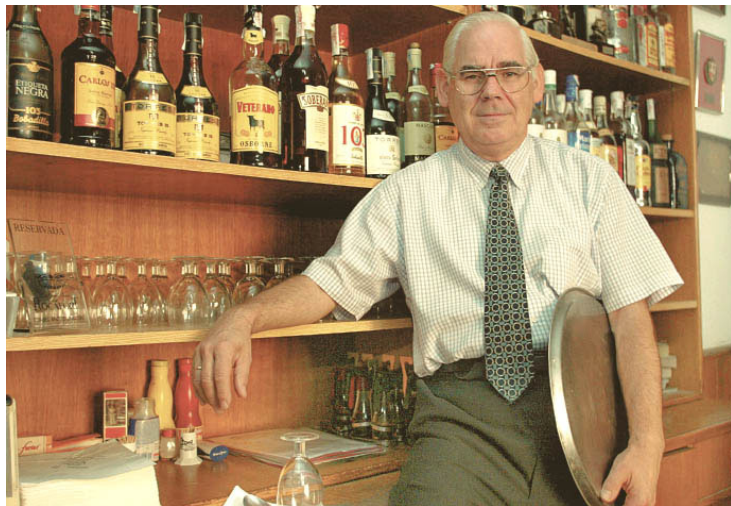
Surrealismo en la más seria y coñona, a la vez, acepción de la palabra. Casa Emilio, la fábrica de chistes más malos de toda España, que a través de la red ya mencionada por vía o por carretera, podrías escuchar, en los más variados confines de la piel de toro. Que corra la bola.

Y eso de siempre; si no era Emilio padre, era el tío Pedro, los que, a fuer de anécdota real, te endosaban el consabido chiste; o la tía Ana, escrutadora impenitente que, con su mirada discreta, de lejos, se formaba una opinión sobre el cliente escrutado. Bastaba mirar su cara para saber si le caía bien o mal. Si bien, sonrisa burlona, satisfecha. Si mal, desaparecía cautelosa hacia los fogones. O el tío Guillermo, socarrón donde los hubiere. A pie de fogón. Vivía allí. Vacaciones en San Sebastián. Agnóstico. ¡La Virgen del Pilar, ni tocarla!

O, por las tardes, en las partidas de guiñote que se organizaban entre los de la casa; a veces, se añadía algún cliente. Se estructuraba un metalenguaje; se aplicaba a las jugadas, pero después se extendía al lenguaje común de la casa: *ante la duda la más menuda... a la mano con un haba... las 20 en copas... de ellas comemos, el oré,... por el culo te la meteré...* Todo un breviario de filosofía concreta.

Porque Casa Emilio es una *Institución*, no un establecimiento. Una institución es un conjunto de espacios vividos para el intercambio de lenguas y lenguajes, que hacen progresar al sujeto a través de su toma de palabra.

Repito, sin ambages, sencillo, como la comida. Ternasco, pues ternasco; con patatas, sin mariconadas. Y los guisos, de abuelos a padres, y de padres a hijos; tradicionales; comprometidos, en lo ancestral, para dar de comer dignamente a un proletariado incipiente, venidos del campo a la ciudad; contribuyendo a la amortiguación del desarraigo proveniente de un cambio brusco de vida por razones de subsistencia. En casa Emilio se ha comido siempre como en casa. Espíritu de fonda, de posada, donde se atiende, además de la pitanza, o a través de ella, la soledad de los caminantes antiguos y modernos. Acogida es la palabra...



Pascual Utrillas Bandrés en 2002, 48 años en Casa Emilio

Acogida de camioneros solitarios, cuando el transporte giraba alrededor de esa encrucijada del Portillo, en donde se distribuían las rutas, y se cerraban contratos de carga y descarga. A mediodía. Ulises sempiternos, a los que hay que dar de comer lo mejor posible, en el menor tiempo posible; lo que no obsta para provocar la pequeña confianza con quien le sirve, atento siempre a la palabra precisa que deje un buen recuerdo. Como una terapia rápida, urgente, para la que el profesional, debe estar atento y preparado..

¿De dónde viene? ¿Adónde va?... y... ¡cómo no!, el chiste preciso. ¡Ah... de Asturias!.. ¿Sabe el del asturiano que va al médico, y... etcétera? Ya es un cliente. La próxima vez que venga ya será reconocido, como alguien de la casa; y si insiste y persiste en aparecer frecuentemente ya será de la familia. ¡Soy fulano, el de tal pueblo; seremos dos a comer... etc. Ya sobran las palabras.

Incluso. algún portento como Pascual, otra piedra angular de casa Emilio, recordará los platos preferidos de aquel cliente. Judías y ternasco ¿cómo siempre?

Acogida de solitarios empedernidos, y de grupos multitudinarios, o recoletos, dispares o afines, pero siempre entrelazados de manera invisible, como aportación de la casa, como marca registrada.

Los colectivos humanos se entrecruzan a pesar de sus diferencias; unos, por familiares enlaces; otros, por complicidades colegiales, o de trabajo; coincidencias, al fin, que establecen redes dentro de las redes; dando a la condición humana esa complejidad, que hace al ser humano, único en la naturaleza.



Jorge Cortés lo describe estupendamente en su novela reciente, *El brumario de Emilio*. Canto a la amistad donde lo haya. Más que recomendable.

Y, por extensión, los testimonios propios de este libro hecho de retazos y retales física y espiritualmente confeccionados en este mosaico que es Los 70 años de Casa Emilio. Aunque mosaico, no sería la palabra precisa; pues sólo expresa la manera de confeccionar un cuadro pétreo, a base de poner teselas diferentes, una al lado de otra, en un orden preciso. Más bien, habría que recurrir a la metáfora del punto de capitonaje; actividad prácticamente desaparecida que servía para hacer los colchones de lana a la inglesa.

Las diversas capas se unen y entrelazan a través de un cordel, que se pasa de arriba a abajo, y de abajo a arriba, en un ir y venir de apariciones y desapariciones, ajustando las presiones necesarias, para garantizar la permanencia de la estructura, y la comodidad o bienestar en el dormir. ¿Soñar?

En Casa Emilio, también hay arriba y abajo. Dentro y fuera. Y cada espacio se estructura polivalente y distributivo, en connivencia con el cliente, que para cada ocasión elige, si es posible, el lugar de intimidad para los encuentros recoletos; un óbito, o una celebración privada. Privada, pero, a menudo, permeable, cuando alguien, de arriba o de abajo, acude a saludar, a tomar café; y Emilio, siempre, a dar el testimonio de condolencia o de felicitación.

Otras veces, no importa que el círculo sea abierto; y en los grandes espacios, se estructuran las mesas, por grupos aparentemente independientes. Bastan un par de botellas, para que las mesas se fundan, se entrelacen, y acabe todo en una fiesta colectiva, sin importar edad ni sexo, ni condición. Porque, a Casa Emilio se va, siempre, a un encuentro, programado o no, y a una fiesta eucarística pagana; donde el pan de la palabra y el vino de la emoción, constituyen los ejes fundamentales del contacto humano siempre garantizado.

A la gente que escribe, y da su testimonio, en este libro, se le nota contenta de ser en Casa Emilio; porque, en este tabernáculo se es, no sé está.

Por esto es, por lo que, tantas cosas se han analizado, estructurado, decidido, en Casa Emilio, en la transición zaragozana, y siempre que se ha podido.

Se sigue haciendo, sobre todo, en el mundillo de la cultura más diverso, a través de tertulias periódicas, o de reencuentros después de los más variopintos acontecimientos culturales de la ciudad; conciertos, exposiciones, teatro, cine y... etcétera. Polifonía entrelazada entre el arriba-abajo, dentro-fuera; a veces literal. - ¡Hola, Simpson! -Me espeta don Pablo; ese personaje, cliente fiel, incluso los días en que la tienda se cierra, Nochevieja, en la que se lleva la cena a su casa. Yo le respondo arrancándome con el... despierta negro... de La Tabernera del Puerto, del maestro Sorozábal.

A la salida del sábado, a altas horas, aún apuramos con él y sus compañeros de mesa, el eterno proyecto de una tertulia sobre música, especialmente de zarzuela y otros eventos del canto; de las que posee unos archivos sonoros y literarios impresionantes, y que nos viene proponiendo tozudamente, para poderlos difundir generosamente; por supuesto, en Casa Emilio.

Polifonía entretejida, también, entre los diversos discursos que transcurren en las coordenadas y espacios de este foro; que si, en principio, son estancos, se permeabilizan enseguida, por la intervención de Emilio, pontifex máximo, de nada más llegar, anunciar a unos y a otros, quién va a Venir, quién está de hecho ya, invitándote a transgredir la intimidad del grupo, a que vayas a saludar a alguien que está arriba, abajo, dentro o fuera. -¡Oyes!, ¿sabes quién ha venido? Fulano o mengano, ¡han venido los escritores, los músicos, los de tal o cual grupo!

Después de cenar, subiremos a tomar una copa con ellos; o cuando bajen, que se sienten con vosotros. Y así se hace, y el tiempo es eterno y no se acaba nunca.

Nadie de la casa, te mira con aspereza, porque se nos han hecho, la una o las dos de la madrugada. Con la puerta cerrada al público, todavía se gestan los últimos encuentros, apretados éstos, que se materializan en intercambios insólitos de temas apasionados, canciones, o textos, o chistes, o chascarrillos, según la idiosincrasia de los protagonistas del encuentro.



Tocará a su fin la velada del sábado. Son las 2:30, o las tres de la madrugada. Se termina por respeto a Emilio, que ha de volver a la faena, el domingo por la mañana. Es el último que sale de la casa. Por eso, procuramos venir todos los sábados, por solidaridad; para acompañarte en ese trabajo duro, diario, constante, de dar servicio a la gente. Si puede, tras su trabajo en la cocina, cena con nosotros y comparte inquietudes políticas, culturales, lúdicas, familiares, porque somos más que amigos; hermanos, si hubiéramos podido elegir.

Hasta el sábado. Nos vemos a las 10. Nadie lo discute. Va de sí, que dirían los franceses.

Por todo esto y por tantas cosas, gracias Emilio, en nombre de los compañeros.

Si la vida nos impone derroteros imprevistos... Siempre nos quedará Casa Emilio.□

Eduardo González Carriedo. Octubre 2009



Los guardiaciviles Eduardo (izda.) y Emilio (dcha.) apresando al peligroso delincuente Antonio Zubiri.
Resultado de una Noche Vieja familiar en Casa Emilio



Vista de algunas salas del piso superior



Texto de María José Moreno

Casa Emilio 70 años de Historia. 2009. Pg 69

María José Moreno, (Daroca, 1950) es actriz



Tarde, de prisa y mal, como nos ocurre a todos los que tras la hiperactividad ocultamos nuestra inaprensible vagancia, intento sacar de la memoria y el corazón lo que arrastran dos simples palabras Casa Emilio.

Que no era fácil lo sabía, que iba a ser tan gozoso lo podía suponer.

Mis primeros recuerdos lo son también de las primeras comidas fuera de casa por libre, de Quim Ibarz, aquel periodista que nos contaba lo que pasaba en el país porque leía prensa extranjera, las primeras cenas después de los estrenos del T. C. Z.^[1], las primeras fiestas de noche vieja... (cualquiera podría decir que me inicié a la vida entre las entonces escasas paredes del bajo del número 5 de la avenida de Madrid).

A la larga don Emilio nos trataba, según su humor y nuestra algarabía, duramente como un padre o con la cordialidad de un amigo, siempre por encima se extendía la magnánima sonrisa del tío Guillermo, el mutismo de Pascual y las idas y venidas de Emilio hijo. Vestían guardapolvo gris y no servían café pero sí la mejor, con mucho, merluza de Zaragoza, no en vano paraban los camioneros que hacían la ruta del Cantábrico al Mediterráneo.

Lo recuerdo, quizá nunca fue así, como un sitio tranquilo donde podías inventar mil historias asomándote a las casas y las gentes que te rodeaban.

Poco a poco la vida de la ciudad siguió pasando por Casa Emilio que se convirtió en un lugar vivo y por lo tanto, propicio a las sorpresas, podías reencontrarte con viejos amigos, o caras conocidas que resultaban ser concertistas, directores de orquesta, músicos, actores, líderes políticos, directores de cine... fueron unos metros cuadrados donde la concordia era la norma, y la fantasía a veces se materializaba en cenar con Marcel Marceau, o el Piccolo Teatro de Milán. Tampoco el embajador de Nicaragua esperaba encontrar un ron de su país en la sobremesa.

Pero a pesar de este aparente vendaval hay cosas que no han cambiado en Casa Emilio, la cuartilla de hacer las cuentas y esa bondad, en el buen sentido de la palabra, de las gentes de la Casa que hacen de la suya, como la de cada uno, un buen lugar para la sobremesa.

Emilio sigue yendo y viniendo, Pascual saluda con la cabeza, tras cualquier puerta puede saltar la sonrisa de Guillermo y José Mari estará siempre dispuesto a hacerte reír un rato a pocas ganas que tengas.

[1] Teatro de Cámara de Zaragoza, nacido en 1963 y que tendría su continuación en 1971 como Teatro Estable de Zaragoza



Preservar la Memoria

Juan Antonio Hormigón. Casa Emilio 70 años de Historia. 2009. Págs. 131-134

Juan Antonio Hormigón (Zaragoza, 1943—Madrid, 2019) fue dramaturgo y , director teatral, socio fundador en 1982 de la Asociación de Directores de Escena de España , de la que fue Secretario General hasta su fallecimiento

En el cincuentenario de «Casa Emilio» ¡Salud!



En 1981, el escritor alemán Heiner Müller decía a Sylvère Lotringer que «el mejor medio de matar una nación, es borrar su memoria y su historia». Esas palabras, aunque referidas en primera instancia al acontecer de Alemania desde su configuración como Estado hasta su división, con guerras devastadoras, militarismo y violentas luchas sociales a sus espaldas, tienen un significado universal que implica a todas las colectividades humanas que tienen conciencia de existir como tales. Tergiversar la historia, practicar la desmemoria, han sido siempre prácticas habituales de las dictaduras, de los conservadores, de quienes prefieren el orden a cualquier precio a la justicia que debe llegar, de los apáticos y acomodaticios de todas las raleas. El verbo olvidar se ha conjugado en todas las lenguas, para pasar un trapo por las conciencias manchadas, los comportamientos sucios, las responsabilidades a que hubiera lugar. Se puede perdonar, sí, en aras de la convivencia civil; pero perdonar no es olvidar.

La memoria individual suele ser un instrumento configurador de la historia colectiva, pero es siempre la objetivación consciente de nuestra historia personal. Nuestro saber, nuestra experiencia, nuestra sensibilidad, la modulación de nuestros sentimientos, nuestra disponibilidad para el uso de la razón, están inducidos por nuestros recuerdos y nuestra capacidad de asociarlos en diferentes y sagaces combinaciones. En definitiva, todo nuestro tiempo individual y colectivo es lo que la memoria conserva de nosotros mismos; solamente el futuro es incógnita, tiempo por vivir y por tanto, vacío y quimera por llegar.

Un amigo de la niñez y la juventud, un amigo después con quien comienzo a hablar, aunque hayan pasado meses sin vernos, como si nuestro último encuentro hubiera sido el día de antes, Emilio Lacambra, me empuja a que hurgue en mi memoria sobre un espacio y un tiempo concretos. Sincronía de parámetros para un paisaje con figuras privadas y públicas, en el que yo estuve inmerso y que ahora me proponen a evocar. El espacio es una antigua casa de comidas, Casa Emilio. La época, los años sesenta a los que sin saber por qué, algunos han llamado hermosos y dorados.

La antigua casa de comidas, hoy cincuentenaria, era entonces un lugar no muy grande. En la parte trasera había un comedor con una enorme mesa circular y otras cuatro pequeñas. Separado del cazcaleo agrio de la calle y del ir y venir, recibía los aromas y el tráfago directo de una cocina de grandes fogones de carbón y leña situada al lado. La decoración, la tonalidad desvaída de los muros, los guardapolvos grises de quienes dirigían o servían las mesas, la familiaridad del trato, parecían sacados de otros tiempos; hubieran hecho las delicias para un dibujo de Casas o un relato de Galdós.

Era en aquel entonces lugar de paso para los vehículos que llegaban de Madrid, cruzaban la ciudad y salían hacia Barcelona o el norte y para los que transitaban en sentido contrario. Parada y fonda de camioneros, viajeros y conductores avisados, estaba poblada en buena medida de un público variopinto, de aspecto rudo en ocasiones, exultante de camisas a cuadros, fariás renegridas y chupitos de coñac agreste y barato. Había también toreros y ferroviarios,



incluso algún policía, junto a matrimonios de la pequeña burguesía que salían de farra -es decir, a ponerse «moraos» con unas cabecitas asadas- y grupos de jóvenes que apañaban merendolas propiciantes de immaculados ligués aúlicos que con frecuencia acabaron en bodas.

De pronto, un buen día, comenzamos a llegar los amigos de Emilín, el chico mayor de don Emilio, que en aquellos días regentaba el local con mirada perspicaz y ternura exquisita, desde su rincón avizorado controlándolo todo mediante sus interminables columnas de números enigmáticos e incomprensibles para los profanos, que resumían siempre la cifra justa. Nuestra irrupción produjo un cierto escalofrío en aquel microcosmos. Nos conocíamos desde pequeños. Muchos éramos compañeros de colegio, habíamos jugado juntos al fútbol -Emilio era un defensa central contundente y sobrio-, bromeado, soñado, corrido los primeros devaneos nocturnos. Ahora estábamos emergiendo al estado adulto, empezábamos a opinar, a decidir, a asumir responsabilidades.

El teatro como pasión común compartida surgió entre nosotros como nepente estimulante, expresión de inquietudes aunadas, ansiedad de existir en la moribundia cotidiana. Supuso el abandono de las trazas últimas de nuestra adolescencia para acceder a la edad adulta. Su práctica nos sirvió ante todo para ser capaces de tomar decisiones, aceptar responsabilidades, enfrentarnos a tareas que exigían esfuerzo y voluntad. Nos enseñó a madurar como individuos y a comprender nuestra dimensión de ciudadanos. Nos hizo crecer y, en ocasiones, multiplicarnos. Pero al mismo tiempo nos concedió la voz y la capacidad de construir. Nadie nos regaló nada, menos aún en aquellos días sombríos, pero gracias a él pudimos encontrar sentido al trabajo bien hecho, descubrimos la forma de trabajar colectivamente, aprendimos a poner las convicciones por encima de exigencias materiales, incluso palpamos en la práctica el sentido de la solidaridad.

Y con el teatro llegó la pasión política, que fue antes de nada anhelante ansia de libertad. Lo que nos empujó al ruedo de implicarnos en la causa de la democracia y el cambio social en España, fue ante todo una respuesta biológica a que lo que queríamos leer, lo que deseábamos representar, lo que intentábamos crear estaba prohibido o padecía severa vigilancia y restricción. Era aquella una sociedad en que todo lo que se apartaba de una normativización mezquina y mediocre, dominante hasta la patología en todas las esferas de la vida social e incluso privada, era considerado sospechoso, condenable, merecedor de represión y castigo, señalado con dedo acusador, denostado. Después, solo después, la espontánea e incluso ingenua rebeldía fue convirtiéndose en pensamiento y acción más fundamentados, más profundos, respondiendo a estrategias más coherentes y calculadas, integrados en los leves tejidos de un conjunto social desvertebrado que aspiraba a transformarse en sociedad civil. Nadie entonces, ni tan siquiera en broma, especulaba con alcaldías, actas de diputado o senador, concejalías o presidencias. Se hablaba de libertad, de democracia, de justicia, de transformación, de modernización, de cultura como forma de vida, etcétera; nada más y nada menos.

Las mesas de Casa Emilio fueron no pocas veces el altar laico de nuestras tenidas improvisadas pero contumaces en su afán. Porque Casa Emilio se convirtió en nuestra segunda casa, lugar de encuentro, espacio propiciatorio, territorio liberado. Era difícil encontrar otros y el comedor recoleto, próximo a la cocina, ofrecía cobijo, calor y recato.

Sin embargo, a pesar de una relación tan intensa, una presencia tan viva en la biografía y el recuerdo, ese pasado tiene para mí algo de nebulosa. Me es muy difícil evocar instantes concretos, circunstancias específicas. Un mosaico de imágenes superpuestas surgidas en la bruma de la memoria, se agolpan y yuxtaponen hasta crear una suma de destellos de una secuencia imposible de estructurar con lógica narrativa. No importa. Quizá esta intuición impresionista sea más relevante, para reflejar una inacabable suma de episodios, de vivencias, de esperanzas, de utopías soñadas y sueños utópicos; también de errores y torpezas, que muchas cometimos porque mucho intentamos y quisimos hacer.



En todo este maremagnum un episodio destaca sobre los otros por la claridad de sus perfiles. Se remonta a enero de 1969 y es para mí el más lamentable y trágico de todos, puede ser que por eso perviva con más intensidad. Por aquel entonces la etapa primitiva del Teatro Universitario había quedado atrás y la del Teatro de Cámara de Zaragoza había entrado en un período duro y delicado. Yo mismo había montado «Un hombre es un hombre» a finales del año anterior y el estreno había sido prohibido. El Municipio entonces existente -¡había que verlo!- nos negaba el derecho a actuar en el Teatro Principal, aunque la empresa que lo regentaba estuviera deseando que lo hiciéramos. Por otra parte, el movimiento de los Teatros Independientes había cobrado ya una cierta fuerza y se percibía la necesidad de que estableciéramos un mecanismo de coordinación, para establecer algunos acuerdos conjuntos que nos permitieran plantear una acción global ante el Ministerio de Información y Turismo, controlador y censor de la actividad cultural y teatral en aquel momento.

Zaragoza, dada su ubicación geográfica y la existencia del TCZ, fue el lugar escogido para celebrar aquella primera reunión. Vinieron colegas de Cataluña, Madrid y Sevilla. La cita fue, cómo no, en Casa Emilio. Y hasta allí llegaron gentes que después han ocupado un ilustre espacio profesional en nuestro mundo teatral: Fabia Puigserver, Nadala Batiste, Manel Serra, Jordi Teixidor y su mujer, de Barcelona; Angel Facio y Antonio Malonda, de Madrid; José María Rodríguez Buzón y Pedro Álvarez Osorio, de Sevilla; hubo algunos más pero, francamente, no los recuerdo.

La cosa estaba movidita y el país expectante. Vivíamos la resaca de temor institucional provocada por los sucesos acaecidos en la primavera del 68. La universidad de Madrid estaba en permanente estado de agitación, en Barcelona había habido tumultos y un incendio en el Rectorado -a estas alturas nada me extrañaría que se tratara de una provocación más o demencial de pseudoradicales instrumentalizados- y la de Zaragoza, poseía una de las organizaciones clandestinas más amplias y organizadas del país. Aleteaba en el entorno el miasma pestilente de que el franquismo-históricamente moribundo-, iba a tener uno de sus estertores finales con su secuela de garrotazos e ignominia.

El día 28, fecha prevista para el encuentro, creo que era sábado, nos fuimos encontrando en Casa Emilio para comer. La televisión estaba puesta y el telediario comenzó. Entonces apareció el señor Fraga Iribarne, Ministro de Información y Turismo, franquista a la sazón, y se dirigió a sus vasallos anunciando que quedaba proclamado el estado de excepción en todo el territorio nacional, para que «los españoles pudieran vivir en paz, trabajar en paz y estudiar en paz». Todavía me conmueve tanto filantropismo cuando lo recuerdo. Por espacio de tres meses quedaban suspendidos varios artículos del «Fuero de los españoles», entre ellos el que establecía que los detenidos fueran pasados a presencia del juez en un plazo máximo de 72 horas.

La noticia nos llenó de recelo pero decidimos continuar. La reunión comenzó en una casa de campo cercana a la ciudad. Una sensación pesada y aterida nos embargaba como la presión lenta de un gran ofidio. Hablamos porque era nuestra obligación pero éramos conscientes de que los próximos meses serían difíciles. Inmediatamente comenzaron las detenciones y redadas. Aquella siniestra, arbitraria y grotesca Brigada Político Social -policía política del franquismo se dedicó a buscar el lugar, según supimos más tarde. Algunos compañeros del TCZ que asistían a la reunión y fueron a sus casas a final de la tarde, no regresaron. Supusimos lo peor y no nos equivocamos. Tras la sesión nocturna y visto el cariz que tomaban los hechos, cerramos el encuentro deseándonos suerte. No hubo demasiada. Dos días después había detenidos doce colaboradores del Teatro de Cámara de Zaragoza, de los cuales cuatro acabamos en la cárcel por un período más o menos largo. A Eduardo González lo trajeron de Sevilla, donde terminaba la carrera; a Pablo Antonio Royo lo desterraron; Rosa Vicente puso prudente y momentánea tierra de por medio durante unos días. Muchos de los detenidos y encarcelados eran miembros del Club de Espectadores del TCZ que se había creado y era una de las experiencias más originales, en este terreno, que se habían ensayado en España.



Escribo ahora desde un presente muy distinto y eso me congratula. Creo que hay muchas cosas que cambiar, que otras han sucedido de forma distinta a la que hubiéramos deseado, que ha habido chalaneos y oportunismos a todo trapo y hemos visto a mucho radical de antaño convertirse en neoliberal de hogaño, pero cuando menos hemos alcanzado unas formas democráticas que nos permiten recordar sin dolor. Ya es mucho. Aunque queramos una democracia más profunda, más desarrollada, más veraz, ya es mucho. Cuando contemplo el mar, la meseta o el valle, ya no los siento opresivos, enajenados sino parte de mí y de mi pueblo, para bien y para mal.

Pero quizás lo más lamentable de este proceso sea la pretensión deliberada de secuestrarnos los recuerdos y ocultar la historia de nuestra propia vida. Si las paredes de Casa Emilio hablaran, contarían algunas verdades que sorprenderían. Algunos que en aquel entonces eran colaboradores del franquismo o se guarecían cautelosos en los cuarteles de invierno, escritores después de crónicas contemporáneas en las que desdeñan estos años o pasan de puntillas como si no fuera con ellos, quizás se sonrojaran un tanto. Algún que otro fascistilla de vigilia anual en la cruz de los caídos, reciclado después en demócrata de viejo cuño, quizás tuviera que moderar un indecoroso entusiasmo por ser detentador de legitimaciones democráticas. Es lo malo de preservar la memoria, que los hechos permanecen y no hay olvidos que lavan conciencias, ni falsos protagonismos, ni verdades a medias, ni falacias que acaban siendo verdad para el montón, utilizadas adecuadamente por sus instigadores... y tantas otras cosas.

En aquellos años sesenta, ni maravillosos, ni dorados, ni tan siquiera épicos, Teruel y Belchite sólo eran toponímicos; el señor José Antonio Labordeta aún no había comenzado a cantar, *Andalán* no se había creado ni se hablaba de ello, «La Bullonera» no existía... y sin embargo, se encontraba en primera línea un colectivo humano que, en condiciones muy difíciles, construyó hasta la extenuación en ocasiones, sirvió de medio creador y de revulsivo social, hizo y perseveró, se equivocó y volvió a comenzar. Sus voces impregnan también las paredes de la antigua casa de comidas y por mucho que se las pinte y revoque, allí seguirán. Perdonar no es olvidar porque cuando ocurre, sólo es estupidez. □



Comedor a la entrada de Casa Emilio



Emilio Lacambra , junio 2018



Andalán y Casa Emilio

Eloy Fernández Clemente

Eloy Fernández Clemente (Andorra, Teruel, 1942—Zaragoza 2022) economista y docente fue cofundador y director de Andalán y coordinador de la Gran Enciclopedia Aragonesa.

Aunque muchas de las gentes que pasaron por *Andalán* (quien esto firma, José-Carlos Mainer, José Juan Chicón, Ángel Vicién, los hermanos Hormigón, etcétera) conocíamos a Emilio Lacambra desde las aulas del Colegio de los Escolapios, a partir del nacimiento de la revista se creó un lazo tan fuerte con la tradicional y entrañable casa de comidas, que pronto superó lo meramente coyuntura) o de servicio. Acudíamos allí a comer (a cenar, sobre todo) a precio muy razonable y con sabor casero, los ternascos y menestras, los melocotones y natillas, y el champán pródigo (muchas veces de la mano generosa de Emilio: es su estilo de saludar) porque en esta vida es necesario tener cosas que celebrar: al menos la esperanza, la amistad, el buen humor mantenido siempre.



Inserción de Casa Emilio en Andalán de 1979

Pero también por el especial ambiente que nos acogía, la seguridad, la confianza con que allí sentías que podías hablar, como en casa. Y llevábamos a cuanto conferenciante traíamos por la tierra, de Tuñón de Lara a Josep Fontana, de Pepe Batlló a Vázquez Montalbán (que luego ya sabe ir sólo y pedir Lalanne, tan gourmet como es él). El ambiente de Casa Emilio, feliz confluencia, como las calles que cruzan ese enclave, de camioneros de solera y gentes del rojerío, era el más adecuado para festejar y conspirar, planificar y debatir. Aquello de Gramsci que tantas veces nos ha repetido Javier Delgado, incansable, de «las fuerzas del trabajo Y la cultura».

Estaba, además, la propia militancia a tope de casi todo el personal de la casa, la vivencia de los movimientos de barrios en que Emilio tan destacado papel tuvo en los años difíciles, la simpatía común con proyectos culturales tan interesantes como el Teatro Estable. Los de Casa Emilio, cuya capacidad de atender y entender a gentes muy diversas es casi milagrosa, supieron ver muy pronto, desde el número uno, qué era y qué quería ser *Andalán*. Y jamás faltó su apoyo: en forma del anuncio fijo, impertérrito, más señal de constancia y fe en aquello que publicidad real; de ahí los anónimos que hubo que soportar cuando el fascismo se retorció en sus estertores. Y en forma de noticias, que venían de este celebrado «mentidero»: el periodista aragonés ha sabido desde hace lustros que nada hay mejor para captar noticias que venirse a comer aquí y saludar a dos docenas de conocidos. Díganlo si no Pablo Larrañeta, Luis Granell, Lola Campos, José Ramón Marcuello, Julia López Madrazo, Enrique Ortego, Antonio Peiró y tantos otros que hicieron sus armas en la redacción de *Andalán* y sus estómagos y olfatos en la cocina emiliana. Alguna vez, Emilio colaboró incluso con algunos escritos, aunque no es muy dado a ello, pero ¡en tantos años!, algo iba cayendo. Se dejó, sí, hacer varias entrevistas y «pisanajes», donde quedaba constancia de ésta y otras de sus tareas políticas, sociales y culturales.



Aquí tuvieron lugar muchas decisivas cenas andalanas, desde la primera, multitudinaria, que organizó José Mari Lagunas, hasta las últimas. Al principio, aún bajo la dictadura, tras alguna reunión de lunes no demasiado tardía, pedíamos de postre, con el guiño del camarero de turno, una buena ración de Radio París, que llegaba puntualmente a las once, con aquellas inolvidables voces de Ramón López (que era el periodista navarro, muy conocido aquí, Moncho Goicochea), José María Madern, Adelita del Campo... Años terribles, interminables, en que podía más la esperanza que la espera, en que la solidaridad permitía aguantarlo todo.

Las citas eran, de manera casi automática, «en Casa Emilio» (lo cual más de una vez hizo presentarse a las diez de la noche a algún despistado en «casa de Emilio (Gastón)», con las consiguientes risas), santuario reparador de las hambres físicas y la inmensa necesidad de calor y compañía. Tan es así que hoy, dos años después del cierre de *Andalán*, las gentes que lo hacíamos, otras que lo apoyaban de diversas maneras y aun algunos que no llegaron a tiempo pero participan de aquella «música», hemos formado, por iniciativa de José Antonio Labordeta y con el entusiasmo y poder de convocatoria de Luis Alegre, una cena-tertulia mensual, los primeros lunes del mes, evocación de aquellos lunes inolvidables de consejo de redacción. Una vez más, Casa Emilio, que crece y sigue, es un eslabón con aquellos años y aquellas ilusiones. Los primeros han pasado; las ilusiones, todavía no. □



El equipo de colaboradores de Andalán tras cenar en Casa Emilio





Portada del número de Andalán donde aparece el anuncio de la 3ª Fiesta del PCE

GRAN FIESTA DEL PCE

30 DE JUNIO
A PARTIR DE LAS 6 TARDE

1 DE JULIO
DURANTE TODO EL DIA

EN EL CUARTEL HERNAN CORTES
AV HERNAN CORTES, 29

PROGRAMA

SABADO, 30 DE JUNIO

- 18.00 Apertura del recinto.
- 18.30 Apertura de la guardería y comienzo de las actividades infantiles.
- 19.00 Actuación del grupo SOMERONDON folclore aragonés!
- 19.30 Debate sobre la Prensa en España.
- 20.00 Verbena con la orquesta YAGUARIMU de La Habana (Cuba), que comienza aquí su gira europea.
- 21.00 Apertura del «Restaurante 1944».
- 22.30 En la plaza España, el Contradance de Cetina comienza una ronda por las calles de la ciudad.
- 23.00 Actuación del Contradance de Cetina.
- 0.00 Verbena con la orquesta YAGUARIMU.
- 1.00 Traca y tarro de fuego.
- 1.15 Contienda la verbena.
- En «Restaurante 1944», recenas y, en su tabla, actuaciones: jazz, rumberos, etc.

DOMINGO, 1 de JULIO

- 11.00 Apertura del recinto.
- 11.30 Apertura de la guardería y actividades infantiles.
- 12.00 Concierto por la Banda de la Diputación. Concurso de barre aragonesas.
- 13.30 Apertura del «Restaurante 1944».
- 16.30 Sobremesa poética (con pastas y vino dulce).
- 18.00 Actuación de «Les Deu Larbath» (música subléonca occitana).
- 19.00 Misa.
- 20.15 Verbena con Corita Viamonte y la orquesta Aragón.
- 21.15 Sorteo de regalos.
- 23.30 Sigue la verbena con la actuación de JORGE SEPULVEDA (revelación de la temporada).

DEBE UD. SABER ADEMAS...

- Que el sábado actuará de presentador CARLOS TENA.
- Que del servicio sanitario y la guardería se cuidará la Cruz Roja.
- Que, además de lo dicho, habrá sesiones de cine, debates, actos de la USJ y la OLP, bares y casetas con gastronomía regional, juegos, etc.
- Que las actividades infantiles, entre otras cosas, comprenden: cine, realización por los niños de una exposición de pintura, actuación del mago Iñaki, teatro a cargo del grupo JINCAJIA, etc.
- Que los bonos para los dos días y para el sorteo de regalos cuestan 200 pesetas, y ya se venden en todas las Agrupaciones. La entrada para una sola sesión costará 150 pts.

Encima del anuncio, a la izda el espacio en que improvisaron la cocina: Emilio, la sra María, el tío Guillermo (atrás, Guillermo-hermano de Emilio y ¿?- En el centro Guillermo y su tío con bigotes- A dcha., Tío Guillermo, al fondo la sra María fregando, Guillermo y Carlos Campo.



En 1979, dos años después de su legalización tras el fin de la dictadura franquista, el PCE de Aragón celebró su tercera "Gran Fiesta", esta vez en el antiguo cuartel localizado en la zaragozana avenida Hernán Cortés nº 29 (hoy edificios de la plaza Mariano Arregui). La segunda, en 1978, se había celebrado en el Pignatelli. Casa Emilio se encargó de montar un restaurante en el que todo el personal trabajó altruistamente. El restaurante lo denominaron 1900 y todo el personal utilizó vestimentas de la restauración de la época.



Textos de Emilio Lacambra Manzano

Casa Emilio 70 años de Historia. 2009. Págs. 67-73

Personal de Casa Emilio

La familia Lacambra, en sus tres generaciones, siempre estuvo acompañada de toda una serie de mujeres y hombres que hicieron posible la hazaña de mantener durante cincuenta años la Casa.

Algunas de ellas lo hicieron en jornadas interminables como lo fueron las de los años cuarenta y cincuenta, porque, sin duda, la guerra civil la perdieron quienes la perdieron. Nombres anónimos como María, Luisa, Tomasa, casi todas ellas viudas o esposas de republicanos en el exilio, que permanecieran unos meses hasta que organizaban su vida junto a sus familias desperdigadas por la contienda.

A finales de los cuarenta se estabiliza la plantilla de mujeres, todas ellas con diferentes funciones en el interior: Irene, Joaquina y Anita, que desarrollan tareas de cocina o de limpieza; Pabla, lavandera de profesión, que cada día lava los casi dos centenares de servilletas de cuadritos en color que se emplean en los comedores, y que tenderá en el patio interior de la Casa en interminables y cuajadas hileras; otra Joaquina, viuda por fusilamiento, con sus setenta años en las alforjas, pelará ajos sentada en una vieja y baja silla de anea durante (los largas horas, por la comida del mediodía y la rodaja de merluza fresca para la cena. Irene será la ayudanta de Pilar y de Carmen; Joaquina, la primera, se encargará de limpiar ollas y platos; y Anita será la hormiga laboriosa que limpiará el resto. Todas ellas per-

manecen hasta su jubilación, y serán sustituidas por Concha, María, Eulogia, M' Carmen, María, Dolores y Emilia, sucesivamente. Después serán sustituidas, a su vez, por Teresa, Mercedes, Blasa, Sole y Emilia.

El comedor estará encomendado a los dos hermanos: Emilio y Guillermo Lacambra García hasta los sesenta, en que serán sustituidos por los hijos del primero: Emilio y Guillermo. Durante esos primeros años les ayudarán en la tarea distintos familiares: Antonio Laposta, Tomás Manzano y Pedro López: este último, el tío Pedro, permanecerá por espacio de casi treinta años hasta su jubilación en los setenta: ¡toda una institución en la Casa! Carpintero de oficio, será la persona que se encargará de eso que ahora llaman mantenimiento, a la vez que los mejores clientes reclaman sus servicios en la mesa. Acompañándoles discretamente, primero con pantalón corto, y luego largo, Pascual Utrillas Bandrés, la imagen que mejor representa el espíritu de la Casa y que, desde luego, forma parte del paisaje permanente de ella. Es impensable e inimaginable Casa Emilio, sin la presencia de este hombre de pasos cortos y veloces. Pero además Pascual es ese hombre querido y entrañable que todo hombre de empresa quisiera tener siempre a su lado. Más de treinta y seis años entregando lo mejor de sí a Casa Emilio.



Guillermo, Lacambra, hermano de Emilio





Josémari Tomás Gil

profesional Juan Atué, Completan los servicios de cocina la veterana, fiel e infatigable Emilia Carnicer Sanz; y como limpiadoras Teresa Aguado, genio, morena y figura; Mercedes Hernando, humanidad y voluntad; y Consuelo Urchuaga, dorado y laborioso silencio, sustituta de M^a José que justamente este año abandonaba el establecimiento para dirigir otro de su propiedad.

Tal vez la plantilla de 1988 haya sido tan buena como aquella de los cincuenta. A ambas queremos rendir desde estas líneas el homenaje y la gratitud de la familia Lacambra.

Gracias Irene, Joaquina, Anita, Pabla, Joaquina, Pedro y Pascual. Gracias Juan, Emilia, Teresa, Mercedes, Consuelo, Pascual, José Mari, Emilio, Juan Carlos y Juan Luis.

Hace diecinueve años [1970] se incorporaba a los servicios de comedor otra institución de la Casa: Josemari Tomás Gil. Discreto, eficaz; continuador de ese humor surrealista que rezuman las paredes, y también imprescindible y fiel colaborador, además de excepcional compañero. La plantilla en comedores es joven aunque veterana en años. Los cambios han sido raros, y siempre para dejar la profesión por otra diferente. Tomás Manzano lo hará para prestar sus servicios en Tráfico de la Guardia Civil; Javier Alarcón, que irá a Correos, y el querido, inolvidable e insustituible Carlos Campo que se convertirá en librero.

En los ochenta, entraron, primero Emilio García dos años más tarde Juan Carlos Mateo, el benjamín, que es la ternura tímida de la adolescencia, y que sigue dando ese trato cordial, discreto y familiar que ha caracterizado a la Casa.

Completa la plantilla actual Juan Luis Arregui, estudiante y camarero que así sufraga sus estudios.

La cocina está regentada por los hermanos Lacambra, Emilio y Guillermo, y la colaboración del discreto y excelente profesional Juan Atué, Completan los servicios de cocina la veterana, fiel e infatigable Emilia Carnicer Sanz; y como limpiadoras Teresa Aguado, genio, morena y figura; Mercedes Hernando, humanidad y voluntad; y Consuelo Urchuaga, dorado y laborioso silencio, sustituta de M^a José que justamente este año abandonaba el establecimiento para dirigir otro de su propiedad.

Tío Guillermo

En Casa Emilio siempre ha habido un Emilio que ha capitalizado la imagen de la «Casa», pero detrás ha estado unas veces una mujer de nombre Carmen, o Pilar, o un hombre de nombre Guillermo.

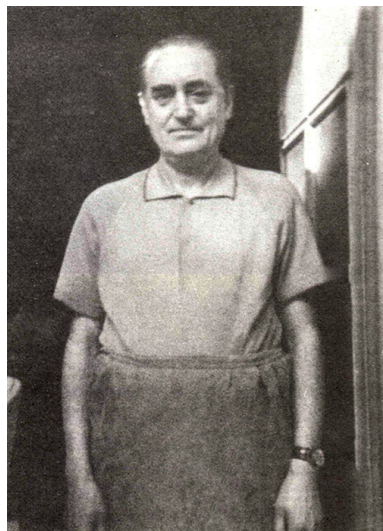
Yo quiero hablar del Tío Guillermo.

«No es más grande quién más sitio ocupa, sino quién más vacío deja. El tuyo, inolvidable».

Tal vez este epitafio que figura escrito en letras doradas en la lápida funeraria del Tío Guillermo defina mejor y más brevemente la calidad humana de este personaje fundamental en el discurrir de la vida de esta Casa.

Cuando cumple catorce años se abre la casa de comidas. Desde esa temprana edad combina el trabajo como camarero, con los estudios de practicante (ayudante técnico sanitario). Tras la obtención del título y su inscripción en el Colegio Profesional, se dedica de lleno a colaborar junto a sus padres y hermano en «la tienda», como siempre él la llamó, dejando su vocación profesional para uso exclusivo de familiares, amigos y vecinos, para los que siempre estuvo dispuesto a dar sus servicios profesionales sanitarios gratuitamente y sin importarle la inoportunidad del momento en que eran requeridos.

La generosidad mostrada por su madre, Carmen, con pobres, ancianos desvalidos, ex-presos o gitanos -los marginados



de aquellos tiempos- tuvo su continuidad en él..., pero aumentada. La austeridad profunda que presidió su vida no le impidió ser desmesuradamente desprendido para con su prójimo. Los ancianos del Portillo conocieron la discreta entrega de «la rodaja de merluza fresca» que su jubilación misérrima no les dejaba probar.

Hasta el año 60 está en el comedor, pero a partir de ese año pasa a la cocina compartiendo el trabajo primero con su cuñada Pilar, y luego con la hermana de su padre, Ana. En la cocina permanecerá durante más de diez años hasta que entregue el testigo a sus sobrinos, Emilio y Guillermo.

Más de treinta años en ese discreto segundo plano. Amor, corazón y cariño los pondrá al servicio de «la tienda», y los pondrá sin límite (entonces se comenzaba a las 7,30 de la mañana, y se acababa a las 2 de la madrugada). Era una figura fundida en el paisaje de la Casa...

Su presencia fue fundamental a la hora de cohesionar al equipo humano, suavizando con sus comentarios las tensiones que el trabajo duro siempre genera. Las sobremesas las convertía en momentos inolvidables... Siempre presto a la frase cariñosa, a la broma en el mejor y más cordial sentido y, sobre todo, por su peculiar y magnánimo concepto de lo que significaba COMPARTIR. Y todo ello lo hizo desde su propia renuncia.

Genial con los genios; cordial con los amigos; amable con los desconocidos; amante con los seres más queridos, y desprendido con todo el mundo. El propio cariño que dejó entre sus subordinados, sea el mejor homenaje para él.

Su presencia discreta y permanente en el tendido 1 de la plaza de la Misericordia dará fe de su afición inconfesable y de su saber profundo de la fiesta de los toros: jamás hizo alarde de ello, aunque era un gran experto.

Solidario con los que sufren, igual ocultará a unos estudiantes perseguidos por la policía franquista, que acudirá a una manifestación en San Sebastián, coincidiendo con una visita vacacional, al entierro de una víctima inocente en una refriega policial. Solidario, ayudará en cuantas fiestas populares organicen el PCE, o las Asociaciones de Vecinos, sin estar jamás afiliado a nada, como derramará unas emocionadas lágrimas en el homenaje que le rinde el Partido Comunista a «Pasionaria» en Madrid. A su vez, el cariño hacia él, se lo manifestarán los pobres que duermen en los bancos de nuestra ciudad, cuando paseando por la noche le saludan: «Buenas noches, Guillermo». Su nombre a secas, anónimo, sin título delante, porque nunca lo hubiera consentido.

Hoy, tres años después de su muerte, suplirlo se ha revelado una tarea imposible.

«No es más grande quién más sitio ocupa, sino quién más vacío deja. El tuyo, inolvidable».



Tío Guillermo, en vacaciones Lanzarote , abril 1976



¿Por qué aquí?

Quizá nuestra vocación fuera mantener una «casa de comidas» que fundó nuestro abuelo al término de la guerra civil... Creo que, en ningún momento, nos planteamos conscientemente que dejara de ser «eso»; pero las circunstancias, primero_ de la Dictadura, y luego de la Transición Democrática, nos obligaron un poco a embarcarnos en un protagonismo tangencial político-social y cultural que, en modo alguno deseábamos, pero que tampoco hicimos nada por rechazarlo porque lo más probable es que no hubiera surgido otro u otra que nos sustituyera.

Y esto, que puede parecer presuntuoso, no lo fue por la sencilla y simple razón de que entrar en ese juego suponía arriesgar de una manera clara la propia supervivencia de la empresa. Efectivamente, más tarde, hemos sabido que la Casa estuvo permanentemente vigilada por los agentes de la brigada político-social. También supuso renunciar a algo que es obvio en una empresa: los beneficios. No todas las ventas se hicieron con un criterio comercial, sino al contrario, se marginó ese tema muchísimas veces por pura razón de solidaridad.

Efectivamente durante la Dictadura fue una especie de islote de libertad en donde eran recibidos con absoluto cariño y alegría personas que podían crear problemas a la Casa con sus actividades. Por otra parte, la casa de comidas tenía como clientela asidua, precisamente a esas fuerzas vivas del Régimen. Sin embargo tratamos de dar siempre a éstos, cordialidad, y a aquellos nuestro afecto sincero y secreto.

Aunque muy niño, no puedo dejar de olvidar las cenas de «los republicanos oficiales» de los años cincuenta; don Paco Abad (catedrático de Arte), el Dr. Recasens (catedrático de Ginecología), el Dr. Gaspar, hermano de ese otro gran hombre, don Jaime Gaspar; o las asiduas visitas de don Nicolás Ramiro Rico (catedrático de Derecho Político), con su inseparable amigo Pepe Alcrudo (librero), persona especialmente querida por mi familia. Las diarias meriendas de don Vicente Blanco (sacerdote antifranquista y catedrático de Latín), siempre invitando a algún necesitado del barrio del Portillo.

Estoy seguro de que en más de una ocasión coincidieron en mesas vecinas con altas autoridades locales del Régimen y, sin embargo, no por eso disminuyó el cariño manifiesto que la Casa les profesaba.

Alrededor de don Emilio Ostalé Tudela compartieron su mesa las vanguardias pictóricas de los cincuenta con Orús al frente. Don Emilio Ostalé, crítico de arte del diario Amanecer siempre profesó gran cariño hacia la Casa y hacia mi padre, cariño recíproco por nuestra parte hacia él, que se mantiene actualmente para con sus hijas y demás descendientes.

Los años sesenta convirtieron la Casa en un «nido de rojos», aunque realmente fuera una escuela de demócratas. Por allí pasaron los Raimon, Rivalta, Xubirach, Paco Ibáñez, Guillermina Motta, etc. Por aquéllos mismos años la vieja mesa redonda de segunda mano acogió a diferentes conferenciantes llegados a la Universidad de la mano del Sindicato Democrático de Estudiantes, o del Teatro de Cámara, tales como Castilla del Pino (psiquiatra), el Dr. Manuel Sacristán (filósofo), el Dr. París (catedrático), o el canónigo malagueño, Dr. González, impulsor del diálogo entre cristianos y marxistas en nuestro país.

Siguieron pasando muchas figuras de las artes y de las letras..., aunque yo ahora quisiera destacar una figura entrañable: Atahualpa Yupanqui.

Los años setenta supusieron un compromiso cada vez más fuerte con los todavía pocos demócratas que entonces había, y no por deseo propio, sino porque no había otra opción. La profesión tuvo que someterse a la devoción, actitud ésta que nos hizo recibir algún que otro anónimo o amenaza de atentar contra el local, además del rechazo por parte de algún sector social de la ciudad. (Sabemos que en un centro oficial figuraba como lugar poco recomendable...)

Reuniones clandestinas; encuentros fortuitos, o no tanto; local fundacional de algún sindicato sectorial; lugar elegido por varios partidos para realizar su presentación oficial, y a este respecto quiero contar las de dos de ellos por coincidir en ambas un mismo detalle. Fueron las del Partido Socialista de Aragón (el viejo y querido P.S.A.), y A.R.D.E. (A. de Republicanos Democráticos de España). Ambas organizaciones hicieron su primera aparición pública oficial-



mente en Casa Emilio. Ambas olvidaron sus banderas: los unos la de Aragón; los otros, la tricolor republicana. Fue la Casa quien prestó las enseñas para dichos actos.

La Casa tal vez fue componedora de UNIDAD entre distintos grupos (a veces la izquierda sólo coincidía en el lugar), aunque lo que de verdad nos gustara fuera simplemente guisar unas judías o un estofado, y servirlo cordial y humildemente, con nuestra bata gris, a los amigos.

Pero también nos siguió dando momentos muy felices. Cómo poder olvidar el primer día de estancia en Zaragoza de Silvio Rodríguez y Pablo Milanés...

Aquella tarde actuaban en nuestra ciudad por primera vez, fuera de su Nicaragua natal, Carlos Mejía Godoy y los de Palacagüina.

Los primeros como embajadores artísticos de Cuba; los segundos, huyendo de la sangrienta dictadura de Somoza.

Por la noche, cenaban los cubanos junto a Labordeta y otros amigos entre los que había una bella joven que luego sería conocida mundialmente por su matrimonio con Alberto Moravia, y sus polémicos libros. Se trataba de una estudiante navarra de filosofía cuyo nombre era Carmen Llera. Hacia las once de la noche se personaron en la Casa unos sudamericanos con rasgos inequívocamente indios, ataviados con unas blusas y unos ponchos típicos. Llegaron con guitarras y algún extraño instrumento autóctono, explicando que esa tarde habían actuado por vez primera en España en una conocida Sala de Fiestas de nuestra ciudad y que, por razones obvias, su repertorio había sido el de los típicos temas comerciales sudamericanos, pero al enterarse de la presencia en Zaragoza de «los queridos y admirados compañeros cubanos, deseamos cantarles las canciones revolucionarias de nuestro amado Frente Sandinista de Liberación Nacional, al que estamos inscritos y por cuya causa hemos tenido que exilarnos en España...».

A continuación todos los presentes escuchamos los temas que «los compas nicas» habían compuesto y que luego se harían mundialmente famosos.

Luego, han sido más veces las que han estado, y siempre nos dejaron en la Casa las notas vibrantes de sus canciones.

Cómo no mencionar a Gerena, Meneses, Cabrera, Claudina y Alberto Gambino; Bibiano, Carbonell, Pi de la Serra, o al inefable Carlos Montero. Todos ellos cantaron para sus amigos alguna noche entre estas viejas paredes.

Como tampoco se puede olvidar aquella noche en que Víctor Manuel, inspirado, cogió su guitarra y cantó como nunca le habíamos escuchado, sus viejas canciones de amor.

Ni el emocionante dúo de Imanol y Paco Ibáñez en unas navidades.

En el recuerdo quedan Carlos Puebla y Los Tradicionales... O la sorpresiva actuación de la Orquesta Aragón, de La Habana, improvisando un concierto de ritmos tropicales a golpe de cuchillo y tenedor contra platos, vasos, o la madera de la mesa. Como tampoco puede sorprender cualquier sobremesa escuchar las conjuntadas voces de la Polifónica Fleta o la de Santa Cecilia, o la Universitaria...

Tal vez, la vivencia más emotiva fue la que propició el gran mimo francés Marcel Marceau cierto domingo por la noche en que invitó a cenar en la Casa a la compañía italiana «Piccolo Teatro de Milán» con el mítico Ferruccio Solere al frente... Creo que las cinco o seis personas que presenciamos la actuación del Gran Marceau jamás la olvidaremos...

Pero alguien puede pensar que sólo personajes famosos han pasado por esta humilde casa, y eso sería un grave error y una gran injusticia. Una lista interminable (más de 70.000 personas cada año) de apellidos anónimos: García, Sánchez, Martínez, López, González, etc. Transportistas, obreros, funcionarios, administrativos, viajantes, fueron y son los que han dado vida económica a la Casa.



De sus clientes hijos, todos ellos insólitos, quiero mencionar a tres: Escudero, Consuelito, «la Lotera», y «el tío Humberto».

Escudero era un vendedor del cupón de la Once. Su ceguera le venía de la guerra civil: fue «gudari» en el País Vasco, del que era natural, aunque el destierro le trajera a Zaragoza. Todos los 14 de abril venía a comer con un clavel rojo en la solapa de un viejo y raído abrigo negro, y un enorme puro en los labios, felicitando a todos...

Consuelito, «la Lotera», fue una antigua camarera del Royal Concert, viejo cabaret de los años treinta, y amante de las primeras figuras de la política local republicana. Con su mirada y su sonrisa lánguida, pasaba mesa por mesa ofreciendo con exquisita elegancia la fortuna que llevaban sus décimos... Todos los días comía su rodaja de merluza fresca y nos comentaba en la larga sobremesa los momentos estelares de su vida. Por ella supimos cómo fueron los primeros días del levantamiento militar en Zaragoza. Con la ingenuidad que siempre la caracterizó describía los detalles más frívolos (por livianos) de la alta sociedad zaragozana en aquellos trágicos días. Por ella supimos cómo un viejo y conocidísimo actor del cine español participó activamente en los fusilamientos de algunas de las personalidades republicanas en las tapias del cementerio.

El «tío Humberto», Humberto Montín Bernadas. Anarquista. Nieto de un íntimo amigo y colaborador de Francisco Ferrer Guardia, fue desterrado al término de la guerra civil a Zaragoza. Catalán hasta la médula. Aquel acento no le abandonó a lo largo de los treinta años que pasó, mañana y tarde, en nuestra casa...

De él aprendimos lo que fue la vida política catalana desde comienzo de siglo. Por él pudimos leer un texto mítico en aquel entonces (1964): «Las ruinas de Palmira».

Compañero del «Noi del Sucre», de Durruti. Muchas veladas las pasamos escuchando su documentada conversación.

Pero también conocimos el afecto y el cariño de multitud de familias de la burguesía local, cariño que fue recíproco. Y aunque seguro que olvido a muchas, quiero mencionar a la entrañable familia Tur, de origen francés; don Roger, y don Mauricio; sus esposas y su elegantísima madre... La presencia semanal de los señores. Dres. Roncales y López Madrazo. O de las familias Texeira y Monserrat, todas ellas al completo. Nunca olvidaremos el aprecio que nos dispensaron don Leopoldo Velasco, director general de Tudor, o don Joaquín Bucesta, director de la Azucarera del Ebro.

Sería injusto no mencionar la presencia semanal de don Arsenio Perales y señora, o la de los inspectores de policía Plaza y Echegoyen.

Nunca se dejó jugar a «las cartas» a los clientes, pero durante muchos años, por la tarde, de cinco a ocho, no faltaron a su cita los distintos jugadores de «la timba» de Casa Emilio. Se jugaba al rabino, o al tute. Sus miembros más destacados fueron la tía Ana, «Madriles», que era comisionista de cargas; el hermano Pedro, escolapio, que tras dejar la fila de niños en la esquina del Café Madrid corría a coger sitio en la mesa. Allí se jugaba el honor, y el placer de ganar, o el enfado momentáneo de perder.

No quiero olvidar a los pobres de la Casa... Aún hoy, rara es la tarde en que no se dan algunos bocadillos o un plato caliente; o, si es un niño, una barra de pan y una botella de leche.

En los duros y difíciles años cuarenta la abuela Carmen instituyó la costumbre de dar de comer a pobres o marginados. Nunca supimos si fue por caridad cristiana o por inconsciente profesionalidad; de lo que sí podemos vanagloriamos es de que todavía la mantenemos, y ningún pobre que ha tocado en nuestra puerta se ha ido sin nada que llevarse a la boca.

Este público tan variopinto que a lo largo de estos cincuenta años ha visitado nuestra Casa, causa admiración a muchos amigos, y a nosotros mismos, y nunca hemos sabido hallar la razón.



Cuando me puse a escribir estas líneas tratando de describir lo que era Casa Emilio recordé a los comensales que llenaban el comedor interior de la planta baja un día de finales de abril de este año.

El comedor consta de seis mesas. En una de ellas, y como todos los días desde hace más de diez años, comían el señor Valero, jubilado de la C.A.F., y la señora Juana, jubilada del cupón de la Once. En otra, el señor Ramiro, corrector de pruebas de imprenta del Servicio de Publicaciones de la Universidad. Frente a aquellos, cuatro obreros de la construcción con sus monos de trabajo. Junto a éstos, y en solitario, Joaquín Vera, realizador de T.V. que en aquellos días estaba filmando una película sobre la vida del gran pianista aragonés Luis Galve. En la mesa de al lado, dos elegantísimas señoras cargadas de joyas y pieles. Y, por último, en una mesa del rincón, don Santiago Roldán, Ex-Rector Magnífico de la Universidad Menéndez Pelayo junto a otros tres colegas que habían venido a presidir un tribunal de oposiciones a cátedra en la Universidad de Zaragoza.

Mirándolos yo desde la puerta de entrada me volvía a hacer la misma pregunta:

¿Por Qué Aquí?

